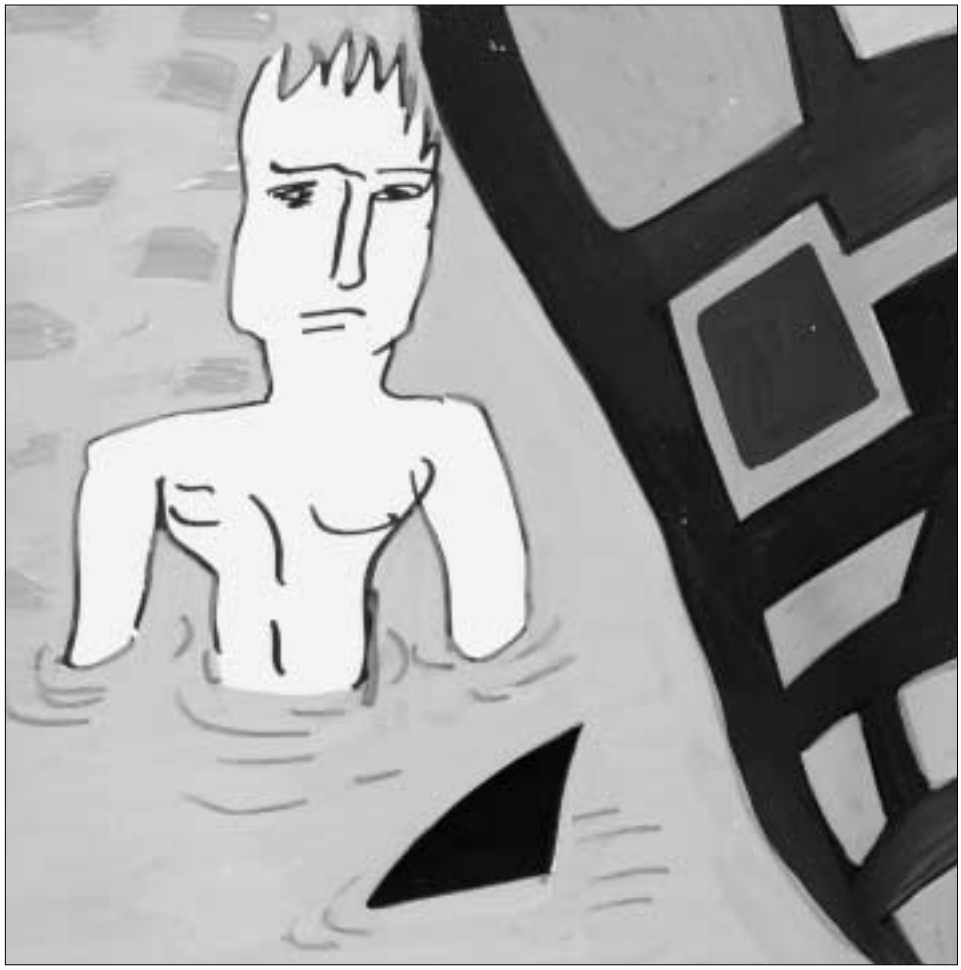

DE LA SUBLEVACIÓN DE LOS METALES

En el recuerdo de mi primer encuentro con Blas. Hace casi medio siglo.

Yo vi los árboles clamando, la geometría en el corazón y, en las arcillas calcinadas, bestias heridas y el temblor del sílice y la vagina maternal que llora.

Vi aún la soledad horizontal y los amantes inmóviles,

y, aún, un rostro en una cunca dorada y la germinación del bronce y grandes pétalos en el interior de la luz,

y, todavía, la pureza, el vértigo, y la pasión del aire, y los ángulos temibles.

Permanencias II.
RUTA DEL OESTE

Para Blas de Otero, nunca muerto.

A "Dolls & Gifts", la tienda de regalos
(géneros de Taiwan, de Italia, de Chiclana
de la Frontera, España, proveedora
de flamencas, toreros sonrientes
a 25 dólares el formato mediano)
le atienden dos mujeres, de las cuales, la pelirroja
tan alta es de otro tiempo, no hay más que
mirarla. Algo sucedió aquí,
le sucedió concretamente a ella y sólo a ella.
La vasta saya gris casi hasta el suelo,
la camisa de hombre a grandes cuadros,
el angosto botín abotonado, ese moño a la antigua,
nos hablan ya de un raro sucedido,
de una extraña perduración.

Al otro lado del escaparate
de "Dolls & Gifts", la calle principal,
Lancaster, sigue siendo el añejo camino del Oeste,
ruta de las morosas caravanas
cuyas bestias de tiro y abombadas carretas
reflejaron tal vez los vidrios de alguna de estas casas de
/ tablones,
y que después de meses, de sierras, llanos, ríos, avistaban
las largas tierras prometidas
donde iban ya a quedarse sus vidas y sus muertes.

Y esa mujer tan alta, la del pelo rojizo,
debe saber por qué desertó aquí de su carreta,
de la marcha del sol, del año de su nacimiento,
y, en lugar de fingir envolver la caja con muñeca que ahora
/ le está ocupando,
cuida de un hoguerón al aire libre, engrasa el eje de una
/ rueda
o empuña con vigor las riendas de su tiro de mulas,
una escopeta arcaica, un haz de ramas y sarmientos.

Ella sabe quién es, sabe que ahora está aquí
y acaso desconozca cómo es que vino de su antaño
pero sí que lo vió y que lo vivió,
y recuerda por qué, apenas emprender la ruta,
dejó su caravana, tal vez su hombre, sus pequeños,

fernando quiñones

para quedarse justamente en esta
calle central de Rosemont,
el cansado, el tan viejo y puesto al día
camino del Oeste al que con disimulo
vuelve de refilón alguna vez sus ojos grises,
asustados, desconfiados,

Jamás arrepentidos.

(Inédito, de *"Las crónicas de Rosemont"*)

poema inédito de

Para ti Blas.
te quiero. Gloria

LOS HOMBRES NO SUPIERON

Los hombres no supieron
que hubo hombres que escribieron para ellos
–y esto es feo–
Ni siquiera el Alcalde de Berceo
ha leído a berceo.
No engañaros
ningún pobre de América del Norte,
ningún minero,
ha leído a Walt Whitman.

Ningún compañero,
ningún campesino,
ningún obrero,
ha leido a Blas de Otero.

¡Neruda! Los esclavos de Chile
no se saben tus versos.
Y los inditos peruanos hambrientos,
no saben quien fué Cesar Vallejo.

Gloria Fuertes

MANIFIESTO

"Creo en el hombre..."

Blas de Otero

Yo creo aún en otro paraíso,
sin distingo de suertes ni tribunas,
cuando Moscú crea ya en sus lágrimas
y Roma pague, por fin, a sus traidores.

Cruzaré el Rubicón sin charreteras,
la tierra prometida, la suerte echada.
Al jardín de la delicias, lejos del limbo,
huiré por la senda de las serpientes.

Ofreceré al maldito mi manzana
y a la grupa de los cuatro jinetes,
seré el diablo y seré Jerusalén,
izándome a los cielos como una tormenta.

Me negará San Pedro, me sentaré con Buda,
renunciaré al carbón y a su diamante,
junto al Cuerno de Oro burlaré a la policía
y frotaré una lámpara que libere a Aladino.

Ni rey ni roque, ni dios y dios son cuatro.
Ni preso, ni caudillo; ni casa, ni capilla.
Parasol de un incendio, chamizo de la lluvia,
el ciclón infinito que amansa cordilleras.

HISTORIA DEL RELOJ PRESTADO

A Sabina de la Cruz

Cuando me pediste que te prestara el reloj
por un instante
para andar juntos por Blas
leer su vida
escrita en nosotros
a duras penas supimos regresar

Al caer la tarde
el tiempo que no existe se había refugiado
en nosotros
en forma de sueño otro país
incalculable
otra memoria otra gangrena
en forma de mareas sucesivas decía españa
cierra la puerta al oleaje
y vete
vente al encuentro de la vida decía Blas
sin palabras
en nosotros

Al despertar al fondo de la noche
Blas nos esperaba subido a las ramas de un árbol espesísimo
nos dió las manzanas más azules más lentas
más oscuras
al salir del árbol
y fuimos al encuentro de nosotros
por última vez
al salir de la plaza porticada de los sueños
bajo las últimas voces

Más tarde
regresamos y crecimos todos hacia la tierra
al bajar del árbol
definitivamente juntos

al devolverme el reloj que te presté propiedad de la vida
propiedad de la noche
para estar un rato juntos una vez más
en Blas de Otero

maría sanz

LA HUIDA

Tan amplio es tu horizonte
que no te has planteado
llegar a alguna parte.
Ya estás lejos de todo
lo que te convertía
en inútil ejemplo
de sensatez. Ahora
vas camino del aire,
del fuego, de la lluvia
y de cuanto no tiene
regreso; tu destino
es huir, porque nada
hay que te haga volver
la vista atrás, por mucho
que amanezca y recuerdes
las veces que intentaste
comprender esta vida.

(De *"Tanto vales"*, Premio Blas de Otero, 1996)

SIEMPRE SUPE QUE UN HIJO
ERA UNA ENREDADERA POR LA CASA
ESCAPADA A LA TIERRA DESDE SIEMPRE
POR INTENTAR LLEGAR A OTRAS VENTANAS.
ADEMAS DE ESA LANZA DE LONGINO
SOBRE UN AMOR INTERMINABLE. NADA
MENOS NUESTRO QUE UN HIJO. Amarlo
ES AMAR LA AVENTURA DE SU ALAS,
COMPRENDER LA PACIENCIA DE LAS
OLAS
Y APRENDER A BESAR A LA DISTANCIA.

y en el instituto, un niño de la primera fila, te pregunta qué es besar a la distancia. Una, además de pensar que la poesía no es para bárbaros, comprende porqué a Borges le flipaba tanto hablar de metáforas. ¿Cómo mentar un instinto por vía exclusiva del raciocinio? Es que te quedas verdaderamente en bragas. Mira hijo, la distancia aquí, es un recurso, para que un beso, en este caso, llegue a un destino intangible, como a una estantería de la memoria. Lo que os dije, en bragas totalmente.

Al poeta Antonio Luis Baena, cuando le preguntan cuánto hace de la muerte de su hijo, dice: tantos años, o sea, ayer.

Yo, cuando pienso donde vive mi hijo, siento que las tres esquinas más abajo es Nueva York. Y es que, cuando se echa el cerrojo de una casa después de cenar, te puedes sentir tan pobre como la madre de Bodas de sangre, tan sin un hijo que llevarte a la boca.

— Los niños se afeitan… Qué bueno Pepe Hierro. — Las niñas se vistieron de blanco…

¡Todo es tan de prisa! Yo salí vestida de blanco. Recuerdo el olor a iglesia y el olor a éter, a clínica, a niño chico, a niños que no quieren comer, a fiebre, a susto, a jarabe. Crecen. No conseguí escribir en cinco años. Perdí todos los trenes, pero la poesía, que es un fugitivo arañazo, pasaba en el aroma del café y en el rito rumoroso de las tazas. En la cocina el herbor de las ollas. El niño chico enciende la luz del horno. Se ríe, hace palmitas y se deja abrazar por toda nuestra sangre. Por toda la expresión del grito añejo. De los inevitables ayes humildemente absueltos en la boca, para alejar el llanto de los niños y equipararse al agua, al pan, a la ternura. No tuve tiempo de escribir. Apenas leía algo,. Iba de Espinoza a Pascal. Hacía flanes de huevo y leche frita. Mi ordinaria nevera tenía sorpresas para golosos. También, cómo no, había su migajita de arsénico para esta muerte por entregas que es la vida.

Mi Juan sabía escucharme. Y vais a permitirme mentarlo así, como las madres populares y rurales y la madre de Hamlet. En ese ofertorio de la entraña donde está la raíz del amor y del instinto. Mi Juan sabía escucharme. Se sentaba en un sillón, o paseaba la estancia con un interminable cigarro. No fumes Juan, el cáncer de pulmón. Y otra vulgaridad, mi Juan es las niñas de mis ojos y no está. Se ha ido como el niño de La flor de la champaca. Di tú, hombrecito, dónde fuiste, que tu madre ha leído ya el Ramayana. El es feliz. Pero como la felicidad es un pájaro chico y endeblito que vuela muy corto, sé que sufre porque tiene el mismo hueco de mi corazón. No fumes Juan ¡digo yo! estés donde estés.

Y este piano bar de mi casa, toca una partitura con demasiados silencios, para nosotros que nos acostumbramos al allegro con motto y al vivace. Se ha ido el mar y la playa y el campo. Porque antes, arriba de la playa había una casa con los brazos abiertos. Y en Albaida estabais protegidos por la pared de la yedra (quedó escrita en papel Kodak por el ojo de pez de la Nikon) La yedra siempre protegió a mi familia. Alejarnos de ella, era tentar la suerte de lo indeseable. Mi Juan maneja los caballos como Hector. Pero ya no creo que pueda protegerme mi égida. ¿O sí? ¿Qué será de Nikima y de sus clases de ciencias naturales?. En fin. La verdad, es que hay que vivir con la lanza de Longino puesta, como si fuera una pincelada del Divino Morales.

Os hablé de la paciencia de las Olas. Pero no estaba preparada para alquilarle al mar las dos habitaciones de mis hijos.

EL SE ATUSABA EL BIGOTE, MIRABA EL RELOJ, Y, HASTA COGIA EL MOVIL

mientras ella leía en voz alta, con la tapa de los sesos levantada y el corazón en una mano para que se asomara a su interior. Venía de la escuela de Diógenes y manejaba la verdad aristotélica y la copernicana, cuando mezclando palabras ácidas y palabras lindas practicaba la literatura oral. Seguramente por eso le temería lo suficiente, o más bien, adivinaba las intenciones de devorarle las neuronas, como si de un manjar de la abuela de José Cemí se tratara. Y es que la veía venir decididamente de la plaza de la Yemá, con su metro y medio de reptil en la cesta de la compra, y descaradamente la desconectaba de su vida. Así le atinaba en la desesperación.

Con su primer libro se quejó. Había escrito algo así como que le quiso dar sus manos pero cogió las suyas. Le quiso dar sus ojos y ya era suya su mirada. Y que cuando sus hijos nacieron ya eran de ella, pero que le había entregado su alma sin nada a cambio.

El alma. Esa que sólo era de Dios y que tantos problemas causó a Sócrates. Que estaba dentro de nosotros, y que los racionalistas y los existencialistas ubicaron en el cerebro. Eso era lo que iba buscando. Y pensaba. Pensaba en una buena venganza de diseño. Por ejemplo: Navegar hacia el mar de los Sargazos. ¿No era por allí, donde solía gritar el fanfarrón vencedor de Polifemo, —yo, hijo de Laertes y rey de Itaca?— Pues para entonces ya tendrá las trenzas largas y fuertes como Rapuncel, le atará con ellas al palo mayor sin cera para los oídos y le hablará con su voz de agua. ¿O es de lágrimas? De lágrimas, de agua, de la lágrima repetida que es el mar.

Qué importa, si al final le vive en su interior el grito gutural de las sirenas, y una mujer laboriosa que empezó un tapetito, no tendrá posibilidad de terminarlo, porque él jamás recordará que se llamaba Ulises.

carlos álvarez

poema de

A Blas de Otero

Un poema sin sangre
no es posible
cuando en la tierra hay sangre.

Canción sin barro
no la canta
pueblo color de barro.

Palabra sin semilla
no la dice
sembrador de esperanza.

Madrid, 4 de marzo de 1998